

Alice
Kellen



Nosotros en la Luna

Alice Kellen
Nosotros en la luna



Es imposible saber cuándo conocerás a esa persona que pondrá de golpe tu mundo del revés. Sencillamente, sucede. Es un pestañeo. Una pompa de jabón estallando. Una cerilla prendiendo. A lo largo de nuestra vida nos cruzamos con miles de personas; en el supermercado, en el autobús, en una cafetería o en plena calle. Y quizá esa que está destinada a sacudirte se pare junto a ti delante de un paso de cebra o se lleve la última caja de cereales del estante superior mientras estás haciendo la compra. Puede que nunca la conozcas ni os dirijáis la palabra. O puede que sí. Puede que os miréis, que tropecéis, que conectéis. Es así de imprevisible; supongo que ahí está la magia. Y, en mi caso, ocurrió una noche gélida de invierno, en París, cuando intentaba comprar un billete de metro.

—¿Por qué no funcionas? —gimoteé delante de la máquina. Apreté el botón con tanta fuerza que me hice daño en el dedo—. ¡Maldito trasto inútil!

—¿Estás intentando asesinar a la máquina?

Me giré al escuchar una voz que hablaba mi idioma.

Y entonces lo vi. No sé. No sé qué sentí en ese instante. No lo recuerdo con exactitud, pero sí memoricé tres cosas: que llevaba levantado el cuello de la cazadora, que olía a chicle de menta y que sus ojos eran de un gris azulado parecido al del cielo de Londres en uno de esos amaneceres plomizos, cuando el sol intenta abrirse paso sin éxito.

Ya está. Eso fue todo. No me hizo falta nada más para sentir un cosquilleo.

—Ojalá, pero de momento gana ella. No funciona.

—Antes tienes que seleccionar el tipo de billete.

—¿Dónde..., dónde debería elegirlo?

—En la pantalla de inicio. Espera.

Él se movió, situándose a mi lado. Pulsó los botones para regresar al menú principal y luego me miró. Y fue intenso. O eso sentí. Como cuando alguien te produce curiosidad sin que sepas por qué. O cuando te despierta un escalofrío inesperado.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó.

—Pues..., bueno, en realidad... —Nerviosa, me coloqué tras la oreja un mechón de cabello que había escapado de la coleta—. ¿Al centro?

—¿No lo tienes claro?

—¡Sí! ¡No! Quiero decir, no tengo alojamiento esta noche y pensaba, ya sabes, aprovechar para conocer un poco la ciudad. ¿Qué zona me recomiendas?

Apoyó un brazo en la máquina y enarcó las cejas.

—¿No tienes alojamiento? —se interesó.

—No. He cogido el primer vuelo que salía.

—¿En plan a lo loco?

—Sí, justo así. Eso es.

—Y viajas sola...

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno. Yo también lo hago.

—Bien, enhorabuena. En cuanto al billete...

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ginger. ¿Y tú?

—Rhys.

Tenía un acento estadounidense marcado. Y era tan alto que hacía que me sintiese diminuta frente a él. Pero tenía «algo». Ese «algo» que a veces no podemos explicar con palabras cuando conocemos a alguien. No era porque fuese guapo o porque me sintiese perdida en aquella ciudad a la que acababa de llegar. Era porque podía leer en él cosas. Todavía no estaba segura de si esas cosas eran buenas o malas, pero, al mirarlo, la última palabra que me venía a la mente era «vacío», lo que, ironía de la vida,

después averiguaría que era una de las cosas a las que Rhys más temía. Pero en ese momento aún no lo sabía. Entonces seguíamos siendo dos extraños mirándonos a los ojos frente a una máquina de billetes de metro.

—¿Tienes alguna sugerencia? —insistí.

Lo vi dudar, pero no apartó la vista.

—Una. Podría enseñarte París.

—Vale, antes de que esto se convierta en una situación incómoda, tengo que confesarte que acabo de dejarlo con mi novio. Y fue una relación larga, así que no me interesa conocer a nadie ni tampoco tener uno de esos líos de una noche...

Ojalá alguien me hubiese dicho lo idiota que estaba siendo en ese momento.

—Te he propuesto un *tour* por la ciudad, no por mi cama.

Se cruzó de brazos con una sonrisa burlona. Yo me sonrojé como si tuviese quince años.

—Ya, claro, pero, por si acaso...

—Qué previsor.

—Lo soy. Intento serlo. En realidad, ¿sabes?, en este momento soy una mierda de previsor, pero estoy haciendo un esfuerzo por ordenar..., ordenar mi vida, todo.

Rhys no pareció asustarse ante la locura de aquel momento. Aquella debería haber sido la primera señal. Tendría que haberme dado cuenta al instante de que él sería diferente. Ahí tenía el momento clave mientras le hablaba sin parar, que era algo que solía hacer en cuanto me ponía nerviosa, y él tan solo se limitaba a escuchar, sonreír y asentir.

—... Ahora es todo un poco caótico, ¿entiendes? Esta situación. Mi vida. Puede que estar aquí, en medio de una ciudad desconocida, sea casi simbólico respecto a cómo me siento en realidad. Sinceramente, no sé por qué no te has largado ya.

—Me gustan las personas que hablan mucho.

—¿Para suplir tu mutismo?

—Supongo. No lo había pensado.

Era mentira. Más tarde descubriría que Rhys era un buen conversador, de esos que siempre hacían preguntas que el res-

to ni se planteaba, de los que podían pasarse noches en vela dándole vueltas a cualquier tontería sin llegar a aburrirse en ningún momento.

—La cuestión es que mi vuelo de vuelta sale por la mañana.

Él me miró con interés unos segundos, algo tenso.

—¿Quieres esa visita o no, Ginger?

Recuerdo que en ese momento solo pude pensar: «¿Por qué dice mi nombre así?, ¿por qué lo pronuncia como si ya lo hubiese hecho antes otras muchas veces?». Me asustó y me gustó a partes iguales. Miento. Ganaba lo segundo en la balanza. Porque lo vocalizó casi con delicadeza y a mí nunca me había gustado mi nombre, porque llamarse «jengibre» no es que sea algo muy místico o romántico, pero dicho por Rhys sonó distinto. Mejor.

—Eres un desconocido —puntalicé.

—Todos somos desconocidos hasta que nos conocemos.

—Ya, pero... —Me lamí los labios, nerviosa.

—Vale, como quieras. —Se encogió de hombros.

Luego me deseó un buen viaje casi hablando contra el cuello de su chaqueta, se dio media vuelta y se dirigió hacia el túnel del metro que conducía a la salida.

Sopesé mi situación. Estaba perdida en París porque acababa de dejarlo con mi novio y me había parecido un acto muy rebelde y alocado comprar los primeros billetes que encontré, aunque fuese para un viaje de ida y vuelta en apenas unas horas, sin alojamiento y con solo una mochila a mi espalda con unas bragas, unos calcetines de recambio y galletitas saladas (en serio). Pero lo cierto era que no sabía adónde ir. Y que no podía ignorar el leve cosquilleo que había sentido al escuchar su voz por primera vez.

Y no sé. Fue un impulso. Un tirón fuerte.

—¡Espera! —Él se paró—. ¿Adónde vamos?

—¿Vamos? —Volvió a girarse hacia mí.

—Ya sé que hace un minuto he dicho que no te conozco, pero creo que si te marchas ahora mismo..., te perseguiré. —Rhys alzó una ceja mirándome alucinado—. Es decir, sí, eso. Porque

no sé dónde estoy y no me quedan datos en el móvil por culpa de esa tarifa horrible con la que me timó la teleoperadora, y... tengo la sensación de que si me quedo sola terminaré comida por un oso o lo que sea que ocurre en las ciudades en lugar de en el bosque cuando una se pierde. Ya sabes a qué me refiero.

—No sé a qué te refieres. —Sonrió.

—Vale, tú solo... no me abandones.

—Vale. Y tú solo... déjate llevar.

Asentí decidida mientras él se echaba a reír. Y lo seguí. Lo seguí sin pararme a pensar en nada más tras comprar un par de billetes, mientras nos adentrábamos entre la gente para conseguir subirnos a un vagón del primer metro que pasó.

Entonces aún no sabía que mi vida iba a cambiar.

Que Rhys se convertiría en un antes y un después.

Que nuestros caminos se unirían para siempre.

¿Qué estaba haciendo? No tenía ni puta idea.

Diez minutos antes había salido del metro dispuesto a ir a casa (si es que podía llamar «casa» a algún lugar), con la idea de calentarme unos tallarines chinos precocinados y comérmelos directamente de la caja mientras miraba la televisión sin prestar atención o leía algo con música de fondo.

Pero en cambio me encontraba allí, sentado en el vagón al lado de una chica que parecía más perdida que yo, algo difícil de imaginar, con nuestras piernas rozándose y aún sin decidir en qué parada bajar, porque estaba improvisando, como siempre.

—Me pone nerviosa no saber adónde vamos.

—Bajamos dentro de dos paradas —decidí sonriéndole.

A mí me ponía nervioso ella. De arriba abajo. Desde sus pies metidos en esas Converse rojas hasta su cabello castaño recogido en una coleta mal hecha. Quizá porque aún no le había colocado encima ninguna etiqueta. Ginger. Así se llamaba, me repetí mentalmente. Y era una chica que estaba totalmente en blanco para mí. Supongo que porque parecía querer tenerlo todo bajo control, pero se había subido hacía unas horas a un avión sin pensárselo. ¿Qué lógica tenía eso? Ninguna. Tampoco la sacudida inesperada que había notado al verla maldiciendo delante de la máquina de los billetes. Tan bajita. Tan graciosa. Tan enfadada... Me recordó a uno de esos dibujos animados de los programas infantiles.

—¿De dónde eres exactamente? —pregunté, porque era evidente que era inglesa, pero no sabía ubicar por su acento de qué zona. Tenía una voz suave, casi susurrante.

—De Londres. ¿Y tú? Déjame adivinarlo.
—Vale. —La miré burlón.
—¿Alabama? —Negué—. Pues tienes acento sureño.
—Sube un poco más arriba.
—Tennessee.
—Sí. De ahí.
—¿Y qué se te ha perdido en París?
—No estoy aquí de forma indefinida.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Levántate, es esta parada.

Me puse en pie y ella me siguió hasta la puerta del metro que estaba abriéndose. Avanzamos entre la gente que iba y venía de un andén a otro y salimos a la calle. Hacía un frío punzante. Vi que Ginger se abrazaba a sí misma mientras echábamos a andar rápido con la esperanza de entrar en calor cuanto antes.

A lo lejos se distinguía la Torre Eiffel.

—¿Eso de ahí es lo que creo que es?

Me miró sonriente. Y, no sé, pensé que era una sonrisa tan bonita que daban ganas de enmarcarla. Lo habría hecho si no odiase las fotografías. Pero Ginger era una de esas chicas que sí merecían ser immortalizadas, y no porque fuese especialmente guapa o llamativa, sino por su mirada, por cómo curvaba los labios sin pensar, por esa pequeña contradicción que distinguía dentro de ella, aunque aún no la conociese.

—Sí. Es uno de los lugares más típicos de París. Lo sé, soy un fracaso como guía turístico, pero, en mi defensa, solo tenemos unas horas. Quería que recordases esta imagen.

La del río Sena a nuestra izquierda mientras seguíamos andando bajo aquella noche sin estrellas y de luna llena. Recuerdo que solo pude pensar que había valido la pena cambiar los tallarines chinos por esa sonrisa que ella acababa de esbozar.

—Es precioso. Gracias.

—¿Has cenado?

—No. Creo que no como nada desde hace una eternidad. Esta mañana me tomé un café, sí, pero luego ocurrió todo el dra-

ma al mediodía, y adiós a la normalidad. Se me cerró el estómago. Estoy volviendo a hacer eso de hablar demasiado, ¿verdad?

—Sí, pero me gusta.

Apartó la mirada un segundo.

¿Avergonzada? ¿Tímida? No lo supe.

—Entonces, ¿vamos a comer algo?

—Conozco un sitio que está cerca.

—Bien, porque me muero de frío.

—Deberías estar acostumbrada viniendo de Londres.

—¿Nunca te han dicho que hay personas que jamás se acostumbra al frío? Pues esa soy yo. Porque da igual cuánto me abrigue, que use dos bufandas y tres pares de calcetines, sigo siendo un témpano de hielo. Cuando nos metíamos en la cama, Dean solía...

Se quedó callada de repente y sacudió la cabeza.

—¿Dean es el chico con el que acabas de dejarlo e ibas a decir que te calentaba los pies? —No pude evitar arrugar la nariz—. Eso es repugnante.

—¿Qué? ¡No! Es superromántico.

—A mí me dan asco los pies. Ni siquiera puedo tocar los míos. Y tú tienes un concepto un poco raro sobre qué es superromántico.

—Vale, ¿sabes una cosa? No te conozco de nada. —Se echó a reír. Me encantó su risa, tan dulce, tan suave—. Así que no voy a tener muy en cuenta tu opinión sobre qué es romántico y qué no lo es, por no hablar de que pareces el típico tío que..., en fin...

Paré de caminar de golpe, aunque ya estábamos justo enfrente del local de comida al que iba a llevarla a cenar. Me quedé delante de ella, mirándola con gesto serio. Le sacaba casi dos cabezas de altura, así que alzó la barbilla con orgullo. Eso me gustó.

—¿No vas a terminar la frase?

—Quizá me he precipitado —dudó.

—Evidentemente. Han pasado quince minutos desde que me has visto por primera vez, pero da igual, quiero saber qué im-

presión te he dado. Simple curiosidad. No te lo tendré en cuenta, lo prometo.

—Pareces de esos a los que no les importa una mierda qué es romántico o qué no lo es. De los de un lío de una noche. De los alérgicos al compromiso.

—Estás siendo redundante.

—Lo siento. Intentaba ser sincera.

—Ya veo.

Retomé el paso y cruzamos la calle. En cuanto entramos en el pequeño local, me llegó el olor a la masa de crepes recién hecha. Chapurreé en francés para pedir un par de crepes de queso, atún y champiñones. De reojo vi que ella se quitaba la mochila de la espalda y se acomodaba en una mesa que estaba en la esquina, cerca de la ventana.

—Oye, ¿cerveza o Coca-Cola? —le pregunté.

—¿No hay agua?

—Sí, ¿agua, entonces?

—Mmm, bueno, mejor cerveza.

Sacudí la cabeza cuando me di cuenta de que esa chica era un signo de interrogación andante incluso para las cosas más sencillas. Volví a girarme hacia el dependiente, que no parecía tener más ganas de esperar. Poco después, cogí la bandeja que dejó sobre el mostrador con las bebidas y los crepes y la llevé a la mesa.

—Ahora mismo podría comerme un elefante bebé —dijo devorando con los ojos la cena, que aún humeaba. Luego los fijó en mí—. En serio, gracias. Creo que aún no te las he dado, ¿verdad? Porque, sinceramente, pensé que sería una buena idea hacer una locura por una vez en mi vida, coger un avión sin pensar, ya sabes, ese tipo de cosas. Pero cuando llegué... estaba aterrada. Y habría pasado la noche en la estación de metro junto a algún que otro mendigo agradable que me hubiese hecho un hueco, esperando hasta que amaneciese para coger un vuelo a Londres y, maldita sea, no dejo de hablar. Di tú algo.

—Cuidado al coger el crepe, está quemando.

—No. Me refería a algo sobre ti. De mí ya sabes demasiado.

Como que lo he dejado con mi novio, estoy chiflada y no sé sacar un billete de metro.

—Cierto, ¿qué quieres saber? —Mordí el mío.

—Por ejemplo, antes no has contestado.

—No te sigo.

—Sí me sigues. Estás mintiendo. No lo haces bien. Quiero decir, eres de los que apartan la vista cuando mienten. Eso me gusta. Puede ser útil. A ver, ¿eres un acosador o un asesino en serie que se dedica a buscar a chicas en las estaciones de metro?

—No. —Reprimí una sonrisa.

—¡Bien! ¿Lo ves? Me has aguantado la mirada.

—Todo un alivio para ti, imagino.

—Y tanto. Vale, ahora lo otro. Lo de si eres de los que solo tienen líos esporádicos de una noche y no hacen cosas superrománticas.

La miré sonriendo. Joder, en realidad hacía tiempo que no me divertía tanto. ¿Cuándo fue la última vez que me crucé con alguien que me descolocase así y me llamase tanto la atención? Sobre todo, teniendo en cuenta que no hacía nada por conseguirlo, tan solo ser ella y hablar sin parar como una cotorra con una dosis de cafeína.

—¿Cosas superrománticas como el frotamiento de pies?

—¡Ah! ¡Frotamiento de pies sí suena asqueroso!

Se echó a reír de repente, tapándose la boca con la mano.

—Puede que «calentar los pies» parezca mejor, pero es lo mismo, Ginger.

—Estás fastidiando uno de los pocos recuerdos buenos que tengo ahora mismo de Dean, que lo sepas —dijo antes de dar un mordisco y masticar pensativa. Tragó y abrió mucho los ojos al mirarme—. Dios. Está buenísimo. El queso fundido es... Mmm...

Saboreándolo, se lamió los labios despacio, sin pensar, sin intención.

—Háblame de Dean —le pedí obligándome a apartar la vista de su boca.